

(Transcripción)

Sede de las Naciones Unidas (New York),  
28 de mayo de 1997

Chiara en un Simposio ante la ONU:  
Hacia la Unidad de las Naciones y la Unidad de los Pueblos

**Chiara:** Excelencias, Señoras y Señores, tenemos el honor de estar aquí en la sede principal de un organismo mundial: la ONU, que ve presentes simultáneamente entre sus miembros a 185 naciones, “unidas” con la finalidad de “mantener la paz y la seguridad internacionales”.

Una finalidad, como expresa su Estatuto, obtenida por medio del respeto de los derechos fundamentales de la persona y de los pueblos, la cooperación económica entre los Estados, el desarrollo social de cada País.

Un acción que mira a eliminar los muchos flagelos que afectan a la humanidad: guerras, la carrera armamentista, la negación de las libertades inherentes a cada miembro de la familia humana, y también el hambre, el analfabetismo, la pobreza.

Como sabemos, éste es el nuevo concepto de “paz y seguridad” que se le ha confiado a las Naciones Unidas: la paz entendida no como ausencia de guerra, sino como resultado de condiciones que generan la paz.

Es, pues, una institución altamente benemérita que, además de contar con el consenso de la humanidad, también tiene la bendición del Cielo si es cierto lo que afirmó Jesucristo, el Príncipe de la Paz: “Bienaventurados los que trabajan por la paz, porque serán llamados hijos de Dios” (Cf Mt 5,9).

Yo, que hoy estoy entre ustedes, también represento a una entidad viva, prácticamente presente en todas las naciones del mundo, y si bien es más humilde y menos conocida que la gran y famosa institución que me acoge, tiene mucho que ver con ella.

De hecho, también esta entidad, cuyo nombre es “Movimiento de los Focolares” tiene como finalidad la paz en el mundo. Está presente en la Iglesia católica y en otras 300 Iglesias y en muchas Religiones, sin excluir a personas a las que tal vez les falta una referencia con lo Eterno, pero de buena voluntad.

Aspirando a la unidad entre las personas, los grupos, los pueblos, soñando una futura realidad, que se podría expresar con el término: Mundo unido, genera la paz en el mundo.

El Movimiento, promueve, construye la paz no a alto nivel, como hace la ONU, sino en la humanidad, en el pueblo, entre las personas de distintas lenguas, razas, naciones, y creencias. (Aplausos)

Y ¿cuál es el vínculo de unidad, cuyo efecto es la paz?

El amor que palpita en el fondo de cada corazón humano. Para los discípulos de Cristo puede consistir en llamado ágape, que es una participación del amor que vive en Dios: amor fuerte, amor capaz de amar también a quien no responde de la misma manera, sino que ataca como un enemigo, amor capaz de perdonar.

Y para quienes son de otras creencias religiosas, se trata de un amor que puede llamarse benevolencia y se expresa en la “regla de oro” que enriquece a muchas religiones y dice así: “Haz a los demás lo que quisieras que te hicieran a ti. No hagas a los demás lo que no quisieras que te hicieran a ti”.

Amor que, para las personas que no tienen una fe religiosa, puede querer decir filantropía, solidaridad, no violencia.

Amor pues, un amor humano-divino que no excluye el simplemente humano y une hombres y mujeres, niños y ancianos, personas de todos los niveles sociales, haciendo de ellas un solo corazón. Esto

trae consecuencias ya sea en el ámbito espiritual como en el material: un compartir más o menos intenso, pero siempre en un clima de paz.

Por ello, por su vocación a la unidad y a la paz, el Movimiento de los Focolares se siente hoy, en mi persona, en este lugar como en su propia casa e impulsado interiormente a ofrecer su propia colaboración, que procede de la base.

(...)

Nuestra espiritualidad, actual y moderna se llama espiritualidad de la unidad. Genera un nuevo estilo de vida, asumido por millones de personas que, inspirándose fundamentalmente en principios cristianos - sin olvidar, es más, evidenciando, los valores paralelos en otras creencias religiosas y culturas - ha traído a este mundo, necesitado de volver a encontrar o de consolidar la paz, paz y unidad.

Esta espiritualidad no sólo se vive individualmente, sino de un modo comunitario, juntos. De hecho, posee una marcada dimensión comunitaria.

Ahonda sus raíces en algunas frases del Evangelio, que se engarzan unas con otras.

Cito aquí solamente algunas.

La espiritualidad de la unidad presupone en primer lugar una profunda consideración de Dios por lo que es realmente: Amor, Padre.

¿Cómo se puede pensar en la paz y en la unidad en el mundo sin ver a toda la humanidad como a una única familia? ¿Cómo verla de esta manera sin la presencia de un Padre de todos?

Esta requiere, pues, que abramos el corazón a Dios Padre, que no abandona a sus hijos a su propio destino, sino que los quiere acompañar, proteger, ayudar; que no pone sobre sus espaldas cargas demasiado pesadas, sino que es el primero en cargarlas.

Creer en Su amor es el imperativo de esta nueva espiritualidad, creer que Él nos ama personalmente e inmensamente.

De hecho, Él nos conoce en lo más íntimo, se ocupa particularmente de cada uno de nosotros, cuenta hasta los cabellos de nuestra cabeza... (cf Lc 12,7). No deja únicamente en manos del ser humano la renovación de la sociedad, sino que Él se ocupa de ello.

Creer en el amor de Dios. Y entre las mil posibilidades que la existencia ofrece, elegirlo como Ideal de nuestra vida. Ponerse inteligentemente en aquella actitud hacia Dios que cada ser humano asumirá en el futuro, cuando alcance el destino al que ha sido llamado: la Eternidad.

Pero es obvio, no basta creer en el amor de Dios, no basta haber hecho la gran opción de Él como Ideal de la vida. La presencia y los cuidados de un padre, invita a cada uno a ser hijo, a amar a su vez al padre, a realizar cada día aquel especial proyecto de amor que el Padre piensa para cada uno, a hacer, es decir, Su voluntad.

Y sabemos que la primera voluntad de un padre es que los hijos se traten como hermanos, que se quieran, que se amen. Que conozcan y practiquen lo que se puede definir como el "arte de amar", que encontramos en el Evangelio.

Este requiere que amemos a todos, a todos, a todos. No hay que elegir entre el simpático o el antipático, el guapo o el feo, el que es de mi patria o es extranjero, blanco o negro o amarillo, europeo o americano, africano o asiático. Utilizando un lenguaje familiar para ustedes, podemos decir que el amor no conoce "alguna forma de discriminación". Para un cristiano además hay que amar a todos, porque en cada uno amamos a Cristo. Él mismo nos lo dirá un día: "A mí me lo hiciste" (Cf Mt 25,40).

El arte de amar requiere que seamos los primeros en amar, sin esperar que el otro nos ame.

Quiere que amemos a todos como a nosotros mismos. También Gandhi decía: "Tú y yo somos una sola cosa. No puedo hacerte daño sin herirme"<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Wilhelmen Mühs, "Palabras del corazón" Bs.As. Ed. Ciudad Nueva 1997.

Este arte significa también saber “hacerse uno” con los demás, o sea, asumir sus pesos, sus pensamientos, sus sufrimientos, sus alegrías.

(...)

Pero, si este amor lo viven varias personas, se convierte en recíproco.

Y Cristo, el “Hijo” por excelencia del Padre, el Hermano de cada ser humano, dejó precisamente esta norma para la humanidad el amor recíproco. Él sabía que era necesario para que existiera la paz y la unidad en el mundo, para que todos formen una única familia. Una familia humana universal que supere el restringido concepto de sociedad internacional, pues en su interior, las relaciones entre las personas, grupos, pueblos, están destinadas a derrumbar las divisiones y las barreras, de cualquier tipo y en todas las épocas.

Es evidente que, para cualquier persona que intente mover las montañas del odio y de la violencia, esa tarea resulte enorme y ardua. Pero lo que es imposible para millones de seres humanos aislados y separados, parece que se vuelve posible para personas que hacen del amor recíproco, de la comprensión recíproca, de la unidad el motivo esencial de sus vidas.

Y, ¿por qué? Existe un porqué.

Otro elemento de esta nueva espiritualidad, vinculado al amor recíproco, de valor incalculable, que sorprende y causa admiración, también fue anunciado por el Evangelio. Dice que, si dos o más personas se unen en el verdadero amor, el mismo Cristo, que es la Paz, está presente entre ellas y, por lo tanto, en cada una de ellas.

¿Qué mayor garantía, qué posibilidad superior puede existir para los que quieren ser instrumento de fraternidad y de paz?

Este amor recíproco, esta unidad, que tanta alegría brinda a quien la pone en práctica, exige siempre esfuerzo, entrenamiento cotidiano, sacrificio.

Y aquí se presenta, para los cristianos, con toda su luminosidad y dramatismo, una palabra que el mundo no quiere oír pronunciar, porque es considerada necedad, absurdo, sin sentido.

Esa palabra es cruz.

No se hace nada de bueno, de útil, de fecundo en el mundo sin conocer, sin saber aceptar el esfuerzo, el sufrimiento, en una palabra, sin la cruz.

¡No es un juego comprometerse a vivir y a difundir la paz! Es preciso tener valor. Es necesario saber sufrir.

En el fondo, ¿no fue justamente por el recuerdo del sufrimiento y del dolor del segundo conflicto mundial por lo que nació la ONU? ¿De lo negativo de la división y de la lucha a lo positivo de la integración entre los Estados y a la unidad entre las Naciones?.

Y no es una casualidad que también el Movimiento de los Focolares haya nacido en ese mismo momento histórico: en la oscuridad de los bombardeos de aquella terrible guerra, un grupo de chicas descubría la luz del amor recíproco, la disponibilidad a dar la vida unas por otras y decidía difundir este amor entre personas, grupos, pueblos, sin excluir u olvidar a nadie.

Pero, sin duda, si muchas personas aceptaran el sufrimiento por amor, el sufrimiento que exige el amor, se podría convertir en el arma más poderosa para dar a la humanidad su más elevada dignidad: sentirse no tanto un conjunto de pueblos, uno junto a otro, muchas veces combatiendo entre sí, sino un único pueblo, embellecido por la diversidad de cada uno y depositario de las diferentes identidades.

Dios Padre, además, nos ayuda siempre con Su amor en este arduo camino.

Y quisiera recordar a María, la madre de Jesús y de todo hombre de la tierra, amada, venerada, presente también en las otras religiones. De ella podemos recibir inspiraciones, consuelo, amparo: es función característica de una madre componer y recomponer siempre la familia.

Esta espiritualidad comunitaria no está necesariamente vinculada a una Iglesia o a una religión: es universal y de alguna forma puede ser vivida por todos.

Gracias a ella, de hecho, se han establecido fecundos diálogos con todos los hombres: con cristianos de muchas Iglesias - como ya dije -, con fieles de diferentes religiones y con personas de distintas culturas, la cuales encuentran aquí subrayados los valores en los que creen. Juntos nos encaminamos hacia la plenitud de la verdad a la que todos tendemos.

Hoy, en virtud de esta espiritualidad, hombres y mujeres de casi todas las naciones del mundo, lenta pero decididamente intentan ser, por lo menos allí donde están, semillas de un pueblo nuevo, de un mundo de paz, más solidario, sobre todo, con los más pequeños, los más pobres; semillas de un mundo más unido.

Por esta espiritualidad sentimos el deber de dar nuestra contribución también aquí, en esta “casa” de encuentro entre los pueblos, para apoyar con un suplemento de alma los esfuerzos que se llevan a cabo para hacer de la ONU un instrumento adecuado a las expectativas de la humanidad.

Por otro lado, los protagonistas de la vida internacional coinciden en la necesidad de profundizar el sentido de la reciprocidad, uno de los puntos fundamentales de las relaciones internacionales, que también está en la base de nuestra espiritualidad y, por consiguiente, de nuestro obrar. Reciprocidad que requiere superar antiguas y nuevas lógicas de esclavitud, estableciendo, en cambio, relaciones con todos, como el amor verdadero exige; que requiere que se tome la iniciativa, sin condiciones, ni pretensiones; que conduce a considerar al otro como a sí mismo y, por tanto, a pensar desde esta línea cualquier iniciativa: el desarme, el desarrollo, la cooperación.

Una reciprocidad capaz de llevar a cada protagonista de la vida internacional a “vivir el otro”, sus necesidades y sus capacidades, no sólo en las emergencias, sino a compartir cotidianamente la existencia.

La paz, como testimonian las finalidades y las actividades de las Naciones Unidas, tiene nombres nuevos y requiere en primer lugar un esfuerzo que la ONU, con vuestra especial contribución y la de todos, puede apoyar: superar la categoría del enemigo, de cualquier enemigo.

Excluir la guerra no basta, hay que crear las condiciones para que cada pueblo sienta que puede amar la patria ajena como la propia, en un intercambio recíproco y desinteresado de dones.

Que Dios, Padre de todos, fecunde nuestros esfuerzos, y los esfuerzos de los que trabajan en favor del gran objetivo de la paz. Y que se pueda, como dijo Juan Pablo II a la ONU en el quincuagésimo aniversario de su fundación: “... Construir en el siglo que está por llegar y para el próximo milenio una civilización digna de la persona humana, una verdadera cultura de la libertad y de la paz.

“¡Podemos y debemos hacerlo! - siguió diciendo -. Y, haciéndolo, podremos darnos cuenta de que las lágrimas de este siglo han preparado el terreno para una nueva primavera del espíritu humano”<sup>2</sup>.

Gracias Excelencias, Señoras y Señores por la atención que me han dispensado. Pueden estar seguros que no los olvidaremos, sino que los recordaremos ante el Príncipe de la paz.

(...)

(Aplausos)

---

<sup>2</sup> Juan Pablo II discurso a las Naciones Unidas en “*L'Osservatore Romano*” ed. española del 13.10.95 p. 9.